

caridad, grandes deseos de padecer, y allí mismo se arrepiente, confiesa sus crímenes y satisface padeciendo. ¿Hacéis vosotros esto? ¿No? Pues la muestra se quedará solo en muestra, á la manera de esos guantes colosales que ponen los mercaderes á la puerta de sus tiendas, que si entráis y preguntáis, os responderán que no tienen compañero.

Es, pues, gran necesidad, como quiera que se considere, el dejar la confesión de las culpas graves para la última enfermedad ó para la hora angustiosa de la muerte. Concluyamos con algunas reglas prácticas que conviene tener siempre ante los ojos de nuestro espíritu.

§ II

REGLAS DE PRUDENCIA QUE DEBEN SEGUIRSE EN LA PRÁCTICA

14. Necesidad de la confesión frecuente. — **15.** Reglas de conducta. — **16.** Resumen y conclusión.

14. Es innegable que los pecados se multiplican en el mundo, y que las almas, por vigilantes que sean, no pueden, sin un auxilio especial de Dios, verse por mucho tiempo enteramente libres de todas las culpas veniales. ¿Qué debe, pues, hacer todo cristiano para hallarse lo más limpio posible delante de Dios? La razón misma lo dicta: lavarse frecuentemente en la piscina de la Penitencia. ¿Con cuánta frecuencia? No puede darse regla fija y general para todos, porque esto depende de la condición del penitente y del juicio del confesor. Sin embargo, siguiendo el dictamen de maestros experimentados en la vida del espíritu, dejaremos sentadas aquí las reglas siguientes:

15. 1.^a El que se conozca gravado en su conciencia con pecado mortal, procure *lo antes posible* salir de su infeliz estado, y, á la manera que Eliecer, cuando pretendió la mano de Rebeca para su señor Isaac, *no quiso sentarse ni comer, hasta que dijera lo que tenía que decir* (1), así también el pecador, si estima en algo su alma y comprende sus verdaderos intereses, no debe sentarse, ni comer, ni beber, ni sosegar, hasta que declare en la confesión sacramental todas sus culpas graves.

2.^a Todos aquellos que por razón de sus cargos ó empleos cotidianos se encuentren en ocasiones frecuentes de manchar su

(1) Non comedam, donec loquar sermones meos. (Genes., XXIV, 33.)

alma, á lo menos con culpas veniales deliberadas, les interesa purificarse en el santo tribunal, al menos *una vez cada mes*.

3.^a Aquellas personas que, hallándose lejos de los laberintos del mundo, aspiran á conservar su conciencia limpia de toda mancha, especialmente grave, ó sea las que se ejercitan cada día en un poquito de oración mental y de lectura piadosa, con alguna mortificación de potencias y sentidos, á éstas les es muy conveniente confesar y comulgar todas las semanas una vez, humilde y devotamente, aun cuando no sientan en su conciencia pecado alguno mortal. Oigamos al gran maestro San Francisco de Sales; dice así:

«Confiesa humilde y devotamente todas las semanas, si es posible, aunque no tengas conciencia de pecado grave; porque con la confesión, no sólo hallarás remedio para tus culpas veniales, sino que recibirás una gran fuerza y auxilio para evitarlas en adelante, luz para conocerlas, y gracia abundante para reparar las pérdidas que tus culpas te acarrearán en el alma. (*Vida devota*, p. II, cap. XIX.)

4.^a Por último, sería hermosa resolución y fuente inagotable de felicidad el no mudarse jamás de ropa blanca, sin confesar y comulgar primero. ¡Hay personas que se mudan al día tres camisas, y en todo el año no se cuidan de hacer una sola confesión! ¡Oh! Si tanto esmero tienen con la limpieza del cuerpo, que vale menos, ¿es posible que abandonen el alma, que vale más? Sí; es posible, para confusión y vergüenza suya, pues en ello, se muestran menos prudentes que los animalitos sin razón. Del ciervo dijo Tertuliano que cuando se siente herido, inmediatamente busca la hierba llamada *dictamno*, que es su medicina. De la golondrina se refiere que cura la ceguera de sus hijos con la hierba *celidonia*. El jabalí busca diligente la *hiedra* para curar sus enfermedades; el elefante se medicina con el *acebuche*; los osos con las *hormigas*, y los animales todos saben tomar remedios para sus males... ¡Sólo el hombre, sólo la criatura racional, sólo el cristiano, hallándose enfermo en el alma, y sabiendo que la medicina específica es la confesión sacramental, la descuida, la dilata, como si se hallara gustoso con la herida mortal de sus culpas! Avergüénzate ¡oh cristiano! de ser menos prudente que los brutos irracionales! (1).

El Real Profeta dibujó bien esta necesidad de los hombres, cuando dijo: *Enfurécense como serpientes los pecadores, y cierran sus oídos como el áspid; pero Dios les quebrará los dientes en su boca.*

(1) Tertuliano, lib. *De Poenit.*, y Barcia, *Despert. crist.*, sermón 7, n. 3.

(Psalm. LVII.) ¡Qué comparación! — Los áspides — expone San Agustín—son cazados con música; pero ellos, viéndose compelidos á salir de su cueva por la armonía, arriman uno de sus oídos á la tierra y el otro le cierran con su misma cola. Es decir, se hacen sordos voluntarios y no salen. De esta manera — dijo David — hacen los pecadores con los acentos amorosos de Dios ó de sus ministros cuando los llaman á penitencia. Cierran sus oídos, y huyen del confesonario, confiando en la última enfermedad, sin tener en cuenta que el mismo David añade: *Les quebrará el Señor los dientes de su boca.* Esto es; apenas se les entenderá entonces lo que hablen, como quien no tiene dientes; y si claman por un confesor, tal vez no haya quien les entienda, ni sepa lo que piden. ¡Oh si estos símiles sirvieran para que abra los oídos alguno de dichos sordos voluntarios!

16. Traza prodigiosa del amor divino para curar nuestra voluntad rebelde y enfrenar nuestras pasiones desordenadas fué la institución del Sacramento de la Penitencia; y como las pasiones y la voluntad frecuentemente se desordenan, frecuente debe ser en nosotros la recepción de este Sacramento.

La confesión de nuestras culpas cede siempre en honor de Dios, alabanza de Cristo, gozo de la Virgen y los Santos, alegría de las almas buenas en la tierra, y es manantial perenne de bienestar en los individuos, familias y pueblos.

El cristiano que de continuo purifica su alma en el Sacramento de la reconciliación, recibe en sí mismo gozo espiritual, fortaleza de ánimo, auxilios sobrenaturales, recuperación y aumento de gracia santificante, paz dulcísima, amistad de Dios y salvación eterna. ¿Quién, que tenga fe y buen juicio, se aleja del confesonario, sabiendo que es grande pérdida no confesarse con frecuencia, pecado gravísimo no hacerlo cuando lo ordena la Iglesia, y necesidad funestísima el dejarlo para la hora de la muerte?

En suma, elijamos, si ya no lo hemos hecho, un confesor que sea, como dice el Catecismo, *sabio, prudente, celoso y caritativo*; conservémosle como rico tesoro, obedezcámosle como á padre, venerémosle como á ministro de Dios, descubrámosle nuestra conciencia con sencillez, dejémosnos guiar de él como de un ángel visible que el Señor nos pone en nuestro camino para conducirnos al cielo, y estemos seguros que nuestra alma se conservará pura y santa en esta vida y será eternamente feliz en la venidera. Haz esto y vivirás.—*Hoc fac, et vives.*

Apéndice al Sacramento de la Penitencia.

CAPITULO XXIV

De las indulgencias.

1. Error de muchos cristianos.—**2.** Las indulgencias son grande misericordia de Dios.

No sabemos por qué hay entre algunos cristianos tanto horror á las penitencias satisfactorias sabiendo por la fe que ellas pueden librarnos de las acerbísimas penas del purgatorio. No sabemos qué ciego deslumbramiento es éste de preferir abrazarse luego en aquellas llamas purificantes á mortificarse ahora con levísimas obras de piedad. Todos desean morir bien y pasar, como dicen, de la cama al cielo. Aquí nada de penitencias, nada de privaciones, nada de obras mortificativas, pero luego, exhalando el último suspiro, quíere ir inmediatamente á la gloria. ¡Oh cuán errado camino suele ser éste! No obran así los cristianos prudentes.

Hay—dijo San Francisco de Sales—enorme diferencia entre las abejas, las avispas y las moscas. Unas y otras son como diminutas avcillas, unas y otras trabajan y se agitan en ésta y en la otra dirección; mas ¡cuán distinto es el fruto de su trabajo! Las abejas afánanse en el verano y llenan sus almacenes para que no les falte alimento en el invierno; elaboran miel y viven de sus dulzuras; pero las avispas y las moscas viven de presente, gozan en el estío, y llegando el invierno se hallan sin albergue, sin provisión y sin vida; perecen sin remedio.

Hombres descuidados de vuestra alma y enemigos de penitencia, aprended de las abejas; ahora es tiempo de labrar, con obras